

Conrado, un científico enamorado

Pep
Castellano

Dibujos de
Jorge
del Corral



Mi madre no se entera
y está como una regadera

Todo empezó un poco antes, aquella misma tarde, al salir de la escuela. Era miércoles, lo recuerdo porque es el día que no me toca inglés y mi madre no tiene ensayo, por eso volvíamos a casa sin pasar por la academia ni por el auditorio. Ella charlaba, entusiasmada, de sus cosas, con mi tía Teresa (la que siempre dice eso del síncope). ¿Cuáles son sus cosas? Pues sus cosas son el fútbol y el fútbol. Porque las dos son unas fanáticas. Bueno, mi madre, además de ser una apasionada del fútbol, también está loca por el baile.

Es que mi madre es bailarina. Trabaja en el auditorio de la ciudad, actúa en musicales, que son

como unas obras de teatro en las que la gente lo dice casi todo cantando o bailando. Ensayo muchas horas porque le apasiona su trabajo y quiere hacerlo muy muy bien. De manera que baila en el auditorio, en casa y en cualquier parte. Por eso digo que está como una regadera porque, si de repente se le ocurre un paso, lo hace y no se corta un pelo, ¿sabéis? Se pone a bailar y punto. Le da lo mismo que estemos en la calle, a la puerta del colegio, en el metro o en el supermercado, en la cola de la pescadería. Siempre está bailando o hablando de fútbol, mi madre. No se afianza, como os he dicho.

–Pero ¿qué dices? –discutía mi madre con mi tía–. ¡Fue un penalti como una catedral!

–Vamos, María, ¡por favor! –le respondía mi tía Teresa–. Se vio claramente cómo se dejó caer, adrede, en el área. Yo, si hubiera sido el árbitro, le hubiera sacado una tarjeta roja por...

–¿Tarjeta? ¿De qué vas? –se defendía mi madre como si le fuera la vida en ello–. ¡Tarjeta para el defensa!

Yo intenté meter baza. No soy una experta en baile, pero si quieren hablar de fútbol, también tengo mucho que decir, ¿eh?

–Mamá, mamá...

–¿Queeé?

–Que hoy, en el patio, yo también he marcado un gol de campeonato, ¿sabes? Mira, he avanza-

do desde el centro del campo y, regateando, he superado a tres jugadores del equipo contrario, ¿oyes? Pero me han hecho una falta, fuera del área, ¿eh? Que no ha sido penalti. Y yo, ¿vale?, la he lanzado directa, por encima de la barrera, y el portero, que era Amado el Pesado, ni siquiera la ha visto pasar y le he marcado un gol por la misma escuadra, a dos dedos del larguero, que...

–Marta, ¡por favor! –dijo mi madre, con cara de no haberme escuchado en ningún momento–. ¿No ves que estamos hablando?

¿Y yo qué? ¿Yo no estaba hablando? ¡Bah! ¡Adultos! Estaba muy claro que a mi madre y a mi tía les daba del todo igual que yo le hubiera metido un gol espectacular, merecedor de una final de la Liga de Campeones, a Amado el Pesado.

Por si queréis saberlo, Amado el Pesado es el portero del equipo contrario. En realidad, se llama Amado Sánchez, pero yo, antes, le llamaba Amado el Pesado porque era un pesado. Siempre me estaba haciendo regalos y cosas así. Quiero decir que se le notaba a una hora de distancia que estaba por mis huesos, ¿sabéis? Y yo no quería saber nada de él porque era un plomo, ¿lo comprendéis? Por eso le llamaba Amado el Pesado.

Como ninguna de las dos me hacía caso, decidí pasar de ellas. Y mi madre y mi tía continuaron a su bola y ni siquiera se dieron cuenta de

que me hice la tonta con el bocadillo de queso y desaparecí.

Había retrocedido con la intención de encontrarme con Marcos y la pandilla. Marcos era el delantero de mi equipo. Él y yo hacíamos una buena pareja. Pero de fútbol, de fútbol y nada más, ¿vale? Quiero decir que yo, desde la banda, tengo un arte especial para centrar buenos balones y él... Él remata bastante bien, la verdad. Pues eso, que me había hecho a la idea de encontrarme con él y con el resto del equipo. Porque si mi madre y mi tía se habían empeñado en discutir de fútbol, aún tendría mucho tiempo para jugar un partido en el parque, mientras me terminaba el bocadillo, y aún podría correr por otra calle y llegar a casa antes que ellas. ¡Sin que se dieran cuenta!

Pero no me encontré con Marcos y la pandilla, no. El que venía hacia mí era Amado el Pesado. Y como entonces era un pesado, hui de allí a la velocidad del rayo y me escondí, deprisa, en la alquería de Conrado.

Lo tenía prohibido, pero no me quedaba más remedio, si quería esconderme de Amado el Pesado. A mi madre no le gustaba en absoluto que visitara la alquería de Conrado. Decía que estaba completamente trastornado, que a una persona que hacía las cosas que hacía él debía faltarle un



tornillo. ¡Mira quién habla! ¡La bailarina constante! Además, si le faltaba un tornillo o no, a mí me daba igual. Mi madre tampoco se afianzaba del todo, lo intentaba, pero no lo conseguía. De manera que, en teoría, ya estoy acostumbrada a tratar con gente un poco ida (eso no se lo he dicho nunca a mi madre, ¿eh?, pero lo he pensado, la verdad). Además, a mí no me parece que Conrado esté loco. Creo que es una persona muy divertida y ya está. Le gusta disfrazarse, reír, cantar, jugar... Y me parece mentira que a mi madre, con las ganas de bailar que tiene siempre, no le gusten todas esas bromas. Siempre me decía que ni siquiera debía mirarlo, que no me convenía relacionarme con él.

—¿Ah, no? —se me escapó una vez—. Pues tú sí que te relacionaste con él, ¿eh?

—¿Yo? ¿Por qué dices eso? ¿De dónde has sacado que ese científico loco y yo tenemos algo que ver? ¿Cómo has podido pensarlo siquiera? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Por qué lo preguntas? ¡Vamos! ¿Te ha dicho él algo?

Y continuó haciéndome preguntas como si se tratara de un interrogatorio de la policía, de manera que yo le tuve que decir:

—Tranquila, que nadie me ha dicho nada.

—¡Ah! Es que si alguien te ha dicho algo es mentira, así que ya lo sabes.

–Que nadie me ha dicho nada... Lo he dicho por decir algo y ya está.

Y lo dejamos estar porque yo no quería que mi madre descubriera que había estado hurgando en sus fotografías sin pedirle permiso ni que había visto una, de cuando era más joven, en la que ella aparecía muy sonriente, abrazada a Conrado, que también era más joven y llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás, con una cola de caballo... O sea, que yo tenía razón pero decidí callar.

La verdad es que no era mi madre la única que odiaba al pobre Conrado, la mayoría de los padres veían en él un peligro público. Hasta habían ido a la policía con la intención de expulsarlo del barrio. Pero Conrado justificó, papeles en mano, que tenía todo el derecho del mundo a vivir donde vivía y como vivía. Demostró que era un ciudadano respetable, por mucho que murmurara el vecindario. Y no lo pudieron expulsar del barrio. Los de la pandilla nos alegramos, porque a pesar de que parecía un científico extravagante y medio chalado, nos divertía mucho con sus experimentos estrafalarios. Los mayores, y mi madre la primera, le llamaban el científico loco, pero en realidad se llamaba Conrado Soldado, aunque yo suelo llamarlo Coso Brown y a él parece que le gusta.